

sualidad más frecuentemente que resultado de un premeditado designio, y ofreciendo la mayor parte del tiempo el lastimoso espectáculo de la iniquidad y de la tiranía. Distribuían los fenicios á las suyas en los puntos más favorables al comercio, y no les agitaba allí la manía de conquistar, como acaeció despues en América, sino que edificaban ciudades, promovían la industria, y se hacían adictos los pueblos nuevos por el vínculo de las recíprocas necesidades: su espíritu de astucia y de fraude contribuía también á despertar entre los salvajes el conocimiento de sí mismos y de sus propias riquezas. Si nadie duda que las colonias modernas han servido de grande auxilio á las ciencias, á la civilización, al aumento de las riquezas, ¿de cuánto socorro no debieron ser entre los antiguos! Las relaciones continuas entre la metrópoli y las colonias, enanchan el círculo de los conocimientos, desarrollan las ideas políticas y perfeccionan la organización social; así veremos á las colonias griegas, en el Asia Menor y en Italia, señalarse por su saber y por su poderio, y llevar al seno de la madre patria la civilización y las artes.

## CAPITULO XVIII.

## GRECIA.

## Primeros habitantes.

Vosotros sois unos niños que no sabéis más que las cosas de hoy y de ayer, decían á Solon los sacerdotes egipcios aludiendo á la poca antigüedad de la historia griega. Con efecto, en vez de perderse en los millones de años de los orientales, abandonaba los periodos divinos y se atenia á los semi-dioses y á los héroes sin mostrarse por eso sóbria de fábulas. Lejos de esto inventaron una infinidad de ellas la vanidad nacional y la imaginación viva de los griegos, si bien embellecidas todas con ese sentimiento estético que en ningún otro pueblo fué tan perfecto. De esta facultad, unida á su admirable aptitud no sólo para apropiarse sino también para asimilarse las traducciones extrañas, resultó tal fusión que vino á ser difícilísimo distinguir bien sus elementos; así es que las tentativas hechas hasta ahora para penetrar el verdadero sentido de sus mitos histó-

ricos han producido sistemas más ó menos seductores para el espíritu, aunque desnudos de esa solidez propia para satisfacer la razón.

Nos dice la escritura que Ione ó Javan, hijo de Jafet, pobló las islas inmediatas á la costa occidental del Asia Menor desde donde hubo de pasar á las islas europeas. Esta raza japética se había propagado como hemos visto en el Norte, y debió establecerse en la region del Cáucaso en los lugares donde están actualmente la Georgia, la Circasia (Tchercasia), la Mingrelia, la Avasia, en medio de montañas que tal vez se alzaban como islas de un gran mar formado por la reunion de los Mares Blanco y Báltico con el Euxino y el lago Aral. Nos costaría trabajo determinar las diversas poblaciones que confundieron los griegos bajo el nombre de scitas; lo aplicaban á todos los que moraban en las inmediaciones del Danubio, del Boristenes y del Tanais, mas acá y más allá del monte Imavó, y que se daban á sí mismo el nombre de skolocos. Entraban en este número principalmente los cimierianos que habitaban en los alrededores de Kuban, junto al Mar Negro, y que acometidos por los meotidas, diez y ocho siglos antes de Jesucristo, cruzaron el Cáucaso y pasaron á Armenia. También fué en estas playas donde los griegos colocaron á las Amazonas, población que tal vez no es del todo fabulosa; y el recuerdo que conservaron de la felicidad y de la prudencia de los hiperbóreos ó septentrionales, se parece á esos ornamentos con que cada cual se complace en hermohear el país donde tuvo cuna. Decía Herodoto que el Norte era la comarca de más población despues de la India. Oleno, á quien Pausanias llama Hiperbóreo, trajo de allí una colonia sacerdotal que estableció en Delos el culto de Apolo y de Diana. De allí vino Orfeo, constructor de ciudades, y profesor de artes y de oficios; de allí Prometeo, carácter ideal de los primeros civilizadores que hicieron repudiar la infame comunidad de hacienda y de mujeres. De este modo exclama en *Esquilo*: «Me hacen agravio los Dioses: escuchad cuanto he hecho en ventaja de los mortales. De brutos que eran, merced á mí se han convertido en hombres... Ciegos, sordos, semejantes á vanos espectros, vagaban al acaso sin órden y sin leyes; no sabían el arte de construir casas, y el centro de las cavernas

era su único albergue; llevando una vida incierta no distinguían el tiempo ni las estaciones. Yo fui el primero que les enseñé á conocer el curso de los astros, los números, las letras; les hice dón de la memoria, madre de las musas; les enseñé á sujetar á su yugo á los animales.»

Algun gran trastorno arrojó de su morada á las poblaciones establecidas en torno del Mar Caspio y del Ponto Euxino. Ciertas tribus se encaminaron hácia los montes Carpatas, desde donde ganaron la Italia y la Epila; remontando otras el Danubio llegaron hasta el Rhin, y despues de haberlo pasado traspusieron también los Pirineos y no se pararon hasta el Océano: húbolas que, volviendo hácia el Mediodía desde la embocadura del Danubio, bajaron á los valles del Asia Menor y produjeron los thynos, los bithynios, los frigios, los misianos; otras permanecieron entre el Danubio y el Dnieper, éstos fueron los cimierianos y los taurios; por último, otros llamados más especialmente pelasgos, se establecieron en los montes de la Tesalia y de la Beocia, y luego en el país que más tarde se denominó *Hélada*; convertidos en navegantes, ocuparon gran número de islas del Mar Egeo, Lemnos, Imbros, la Samotracia, y se dilataron por el país que fué en lo sucesivo la Caria, la Eolida, la Jonia, el Helesponto.

Lejos de hallar desierta la Grecia, se cuenta que tuvieron que luchar contra los primitivos moradores, quienes, á lo que parece, se dividieron despues en dos descendencias ó generaciones: los griegos y los lélegos ó curetos. Perdióse el nombre de los primeros más tarde en el de helenios hasta el punto de que ni aún en el país natal fué ya pronunciado; pero se conservó en Italia, donde fué llevado por los pelasgos, llamados también tyrrénios, antes de que hubiese cedido el puesto al nuevo. No sólo los hicieron revivir más tarde los romanos, sino que hasta los extendieron á todos los helenos; así como todos los tudescos fueron llamados germanos ó alemanes, y francos todos los europeos por los levantinos: también nosotros damos algunas veces á todos los árabes el nombre de sarracenos. Subdivididos los lelegos ó curetos en muchas ramas, como los aonios, los hyantos, que tal vez juntos no formaban mas que un pueblo con los liburnos, habitaban la Acarnania y la Etolia, y se dedi-

caban al comercio; vencidos por los pelasgos, se establecieron parte en Creta, parte en la Laconia. Ya muchos Estados se hallan constituidos: Atica, bajo Ogiges; Micena y Esparta, fundadas un poco antes; Fegea, en Arcadia; Tarses, en Cilicia. Obedecía la Argólida á otra familia griega cuando Inacho (1870), condujo á los pelasgos á la Península que, tomando el nombre de uno de sus sobrinos, se llamó Apia, y que en lo sucesivo fué denominada *Peloponeso*.

Cualquiera que haya recorrido un país nuevo podrá delinear próximamente sus confines, trazar la estación de las ciudades, la de las montañas y la dirección de los rios; pero chocarán tanto más sus inexactitudes, cuanto más pretenda agrandar las proporciones y precisar con más exactitud las latitudes. Contentarémolos, pues, con indicar los hechos mas evidentes y mejor certificados sin pretender señalar á los acontecimientos su tiempo exacto ni entrar en sus particularidades. Sustentamos, no obstante, que hácia el año de 1800 ocupaban los pelasgos todo el país desde el Arno hasta el Bósforo; luego, así como tal vez las islas del Mediterráneo, aparecieron por encima de las olas como aisladas cumbres cuando el resto del país quedó sumergido; así los pelasgos no semejaron más que colonias separadas despues de nuevas invasiones de pueblos.

Es cierto que su nombre abarcaba un gran número de naciones, y que existía mucha variedad entre ellas. Por eso se nos presentan bajo aspectos totalmente distintos: nos los muestran en Italia como maestros de las artes y de la civilización, á la par que son descritos en Grecia como salvajes que habitan en grutas, ignorando la industria más sencilla y sin sociabilidad ninguna, hasta el punto de que Phoroneo, hijo de Inacho, hubo de enseñarles á construir casas, á vivir en sociedad y á hacer uso del fuego. Pero los hechos emplean otro lenguaje bien distinto para atestiguar que los pelasgos llevaron á Grecia no sólo algunas artes, sino un sistema completo de creencias, de artes y de letras; que fué ésta una raza tan bienechora como infortunada. Su lengua áspera y más parecida al latín que al griego, se conservó en el dialecto eolio y epirota que los helenios consideraban como bárbaros. Enseñaron también una escri-

tura cuyo uso era conocido ántes de la llegada del fenicio Cadmo. Establecidos en la Tesalia hicieron que reinase allí el cultivo: conociendo los procedimientos metalúrgicos abrieron minas en la Samotracia, en Lemnos, en Macedonia, así como hacían los ciclopes en el Peloponeso, en la Tracia, en el Asia Menor y en Sicilia; estos ciclopes penetraban por debajo de tierra con una linterna en la frente, lo cual dió origen á la fábula que no les atribuía más que un ojo. Levantaron los pelasgos muchas fortalezas que en su lengua se llamaban larisas, nombre que en lo sucesivo vino á ser apelativo. No osaremos decir que sus construcciones sean exactamente las mismas que las denominadas ciclópeas; pero estaban formadas de enormes pedruscos, poco ó nada labrados, sobrepuestos unos á otros sin ninguna argamasa, y se extienden por la Arcadia, la Argólida, Atica, Etruria y el Lacio.

Dieron algunas formas de culto á pueblos que sólo poseían prácticas groseras sin tradiciones mitológicas, ni aun denominación precisa afectada á la divinidad. Profetizaba una paloma desde lo alto de una columna en el medio de la selva sagrada de Dodona, cuyas encinas repetían los oráculos; el centro de sus ritos era la Samotracia, donde adoraban á los cabiros, formidables potestades subterráneas.

A través del mismo velo de las fábulas se vislumbran los beneficios de que fueron portadores. En las laderas del Olimpo, del Pindo, del Helicon, residencia de los pelasgos, era donde los griegos hacían nacer la religión, la filosofía, la música, la poesía; á orillas del Peneo apacenta Apolo los rebaños; Orfeo domestica las fieras; en Beocia levanta Anfion ciudades al son de su lira; es decir, que empleó las bellas artes en extender la civilización, y de allí provino para la Grecia el carácter que no perdió ya nunca.

Así Oleno, Thamyris, Lino, procedentes de esta comarca, fomentan, con el auxilio de cantares, el sentimiento religioso, celebran la primera expedición de los helenios, les hacen renunciar á los humanos sacrificios y á los odios hereditarios, instituyen los honores que deben tributarse á los dioses, proclaman ideas superiores á los intereses materiales, y son, en fin, de más provecho para la civilización que las colonias llegadas del Mediodía.

Los reinos de Argos y de Sicione, los más antiguos de la Grecia, fueron fundados por los pelasgos, á quienes pertenecieron también las dinastías de Tebas, de Tesalia, de la Arcadia, y Tyrinto, y Mycenae, y Lycasura, reputada como la ciudad más antigua de Grecia y de las islas. Pero aconteció á los pelasgos lo que á hombres que parecen destinados al infortunio. Orfeo, espedazado por las mujeres de la Tracia; los moradores de Agila, apedrean á los fóceos cautivos; las mujeres de Lemnos, degüellan á sus esposos; luego los helenios, sus sucesores, no contentos con haberlos vencido, procuran además difamarlos; siendo ellos guerreros, condenan al menosprecio á aquella raza agrícola é industrial, hablan de ritos sangui-narios, de víctimas humanas, alimentando el fuego que adoraban éstos como á gente misteriosa del arte; pasan la Tesalia, la Lycia, la Beocia por madrigueras de mágicos, y se cree que empleaban en sus asambleas repugnantes y espantosos misterios. Arrojadlos los pelasgos de la Tesalia, cultivada por ellos hacia dos siglos y medio, se retiraron á la Arcadia y al territorio pequeño de Dodona; luego, desde allí, regresaron algunos á Italia, otros se dirigieron á Creta para experimentar nuevos desastres. Respecto á los que allí se quedaron, se confundieron con los vencedores, y perdieron su nombre. Otro pueblo industrial hermano quizá de los pelasgos, que habitó á orillas del Irtiso y del Ienese y las costas de Altai, pereció del mismo modo sin dejar descendencia. Hablan todavía de ello los rusos de la Siberia, bajo el nombre schiodakis ó tchoudos; trabajaba el cobre, y se han encontrado en muchas de las numerosas tumbas que les pertenecían ornamentos de oro y de plata, tumbas mudas hasta el presente como las admirables construcciones de los pelasgos.

Se hace á Deucalion hijo de Prometeo y sobrino del pelasgo Atlas, lo cual indicaría á la vez el origen septentrional de su colonia, su parentesco con los pelasgos, y acaso también su identidad con los griegos, curetos y lélegos vencidos primeramente por los pelasgos. Casi se podrían demostrar todas estas relaciones entre aquellos antiguos pueblos comparando sus lenguajes. Algunos filólogos sostienen que los pelasgos hablaban el griego, porque tal era el

idioma de la Arcadia y de la Atica de donde eran moradores; ¿deberían por ventura los latinos á los pelasgos los vocablos y las formas griegas en que abundaba su lengua? ¿Sería tal vez el griego la lengua propia de los pelasgos adoptada por los helenios, del mismo modo que los albaneses en la Grecia moderna, y los godos y los longobardos en Italia adoptaron el lenguaje de los vencidos? Pero queriendo evitar en cuanto sea posible toda discusión, de la cual los más pacienzudos eruditos no han podido hacer brotar todavía ninguna luz cierta, continuaremos nuestra historia tan racionalmente como podamos, auxiliándonos con los fragmentos sueltos y contradictorios de la antigüedad, que á consecuencia de este principio de la naturaleza humana de relacionarlo todo á sí propio, no nos representa las revoluciones de los pueblos sino bajo nombres individuales.

Deucalion se estableció, pues, á la falda del Parnaso, hasta que habiéndole arrojado una inundación á Tesalia repelió de allí á los pelasgos, y vino á ocupar en Grecia Estados ya constituidos y ciudades muradas instituyendo en ella los amfictiones. Tuvo por hijo á Heleno de quien los helenios tomaron su nombre. Este engendró tres hijos: Doro, Eolo, y Xutho. Eolo pobló la Phiotida, desde donde sus descendientes se derramaron al Norte de la Grecia por la Acarnania, la Etolia, la Focida, la Locrida, la Elida, el Peloponeso y las islas occidentales. No ejercitaron allí dominio, si bien florecieron hasta tal punto que Homero compara ya la riqueza de Orchomena á la de Tebas egipciaca, y da á Corinto el título de opulenta.

Habiéndose detenido primeramente Doro en la Estiatida, de donde fué arrojado por los perrebios, trasladó después los suyos á Macedonia y á Creta; pero habiendo retrocedido, algunos de ellos cruzaron el Oeste y llegaron á fijarse en la Tetrapola Dórica, que desde entonces tomó el nombre de Dorida; permanecieron allí hasta que los Heráclidas les condujeron al Peloponeso.

Desposeído Xutho por sus hermanos, se refugió á Atenas donde Creusa, hija de Erepteo, le dió dos hijos: Iono, y Acheo. Desterrado el primero de Atica, se fijó en la Egala del Peloponeso, que del suyo tomó el nombre de Jonio, y más tarde el de Achaia. Los descendientes

de Acheo habitaron en la Argólida y en la Laconia hasta la invasión de los dorios.

De esta manera se encuentra personificada la historia de las cuatro razas, no únicas, sino principales de la Grecia; razas que permanecieron constantemente distintas por su dialecto, no ménos que por su organización política y por sus costumbres.

Estos movimientos interiores eran modificados por la supervención de colonias meridionales: sin embargo, éstas no pudieron ser tanto numerosas para alterar la esencia de las poblaciones primitivas, aun cuando introdujeron artes nuevas é instituciones extrañas. Cuando los hyksoos invadieron el Egipto, y al tiempo de ser expulsados, diversas tribus, primero nacionales, luego extranjeras, salieron de allí y se encaminaron á Grecia ya directamente, ya después de haber andado errantes en la Siria y en otros puntos. Algunos modernos han negado completamente estas emigraciones; pero la tradición por una parte es tan constante y tan uniforme, que el historiador no osa desecharla, y por otra, los mismos griegos, aun siendo tan vanidosos, se reconocían deudores al Egipto de muchas instituciones; también hemos indicado ya tantos puntos de semejanza que sería difícil suponerlos accidentales.

Cuéntase, pues, que bajo el reinado de Gelanor, es decir, en tiempo de la nona descendencia del pelasgo Inacho (1877), aborció á Grecia Danao, desterrado de Egipto por los chemitas, y que habiendo destronado á aquel rey fundó el reino de Argos, donde introdujo las artes de Egipto y dió á los habitantes el nombre de danaos. Su hija instituyó las tesmofonias, fiestas de la agricultura, celebradas junto al Nilo en honor á Isis, y trasladadas aquí para el culto de Ceres, á quien adoraban los pelasgos bajo el nombre de Tesmofora ó legisladora. Descendió una larga serie de reyes desde Danao hasta Acrisis (1400), en cuyo tiempo Ilo, hijo de Tros y Tántalo, padre de Pelopo, lidiaron en la Misya, de cuyas resultas este último se vió obligado á pasar de Asia á Grecia (1632) donde adquirió parte á costa de dinero y parte por la fuerza; la Apia, que de su nombre fué llamada en lo sucesivo Peloponeso, arrojó á los helenios que se habían establecido allí en medio de los pelasgos.

Hacian los meagrios los honores de su civilizacion al egipcio Lelego (1470). Cecrope habia ya venido de Sais á Atica (1610), donde estaban los descendientes de Ogiges, rey memorable, puesto que habia acaecido un diluvio particular bajo su reinado (1759). Cecrope encontró á los naturales en un estado enteramente salvaje, sin matrimonios legítimos y sin conocimiento de la divinidad. Les dió leyes, les acomodó á la vida social, abolió la promiscuidad de las mujeres y todo sacrificio sangriento. Regularizó los ritos funerarios de que formaba parte un banquete donde se repetian las alabanzas del muerto. Pero inmediatamente que el cuerpo era entregado á la tierra, se debía sembrar el polvo que lo cubria. Persuadió á los atenienses de que fortificasen sus ciudades para asegurarse contra sus vecinos y sujetarse al gobierno de uno sólo; por él empezó una serie de diez y siete reyes que tuvo fin con Codro.

Cadmo, procedente de la Fenicia, estableció una colonia en la Beocia, donde encontró á los hyantos y á los aonios, llegados al país despues de un terrible contagio que habia exterminado á los indígenas. Allí instituyó oráculos, construyó en Tebas la ciudadela Cadmeana, y llevó á Grecia la escritura que fué sustituida á aquella de que se servian primeramente los pelasgos.

#### CAPITULO XIX.

Primeras expediciones y organizacion civil de los griegos.

Semejante mezcla de pueblos debió llevar á los griegos indígenas conocimientos, artes é instituciones sociales; pero es muy árduo distinguir los vestigios de lo que les fué transmitido de fuera, consintiendo á este pueblo su indole admirable asimilarse todo cuanto recibia é imprimirlo un carácter de originalidad. Realmente parece que su país habia sido hecho para el progreso de la sociabilidad, de las artes y de las ciencias. Si una nacion crece en medio de un recinto insuperable de montañas, sin vínculo, ni contacto, ni simpatía con otros pueblos, se perpetuarán allí leyes y costumbres; pero no se podrá abrigar la esperanza del desarrollo progresivo. Mirad en derredor de vosotros, y vereis como en los países surcados por rios, ceñidos de mar y entrecortados por gol-

fos, se han desenvuelto y perfeccionado desde muy luego la industria y las artes sociales; como el depotismo y las constituciones tiránicas han tenido allí duracion muy corta.

Se halla situada la Grecia propiamente dicha, entre el 36 y el 41 grado de latitud; báñala el mar por tres de sus lados. Al Norte la separa de la Iliria y de la Macedonia un prolongamiento de los Alpes Carnicos, de los cuales son una ramificacion el Parnaso y el Pindo; un gran número de riachuelos riegan su territorio adecuado á toda clase de cultivo y al cual sonrie el cielo más dulce y más sereno. Se encuentran allí facilitadas las comunicaciones por una costa de 1,200 leguas á lo ménos, es decir, 330 más que en Italia y 400 más que en Francia. De aquí su industria, su movimiento y aquella impaciente variedad en las costumbres, en las colonias, en las tradiciones, en las instituciones, que, haciendo imposible la civilización uniforme y estacionaria del Asia, debian arrastrarla de exceso en exceso para venir á parar en resultados imprevistos. Todo era misterio en Asia; las castas y la monarquía fundadas sobre la fé figuraban allí como símbolos de la unidad infinita. Si Grecia recibió algo hasta de las colonias egipcias, los usos despóticos debieron ceder á la indole del país muy en breve. Allí los reyes ceden el puesto á gobiernos nacionales en los cuales triunfan la habilidad y la elocuencia; ve hacerse pedazos su baston augural el sacerdote; sale la ciencia del santuario para comunicarse á todos y para demostrar que todo es movimiento así en el mundo como en el hombre; su misma mitología lo enseña en sus revoluciones repetidas de los elementos como en sus dioses nuevos y antiguos, grandes y pequeños, dependientes é independientes en guerra entre sí, con los gigantes y con los héroes.

Entremos, pues, en la civilización europea; busquemos sus elementos en medio de un pueblo que muy luego vino á ser más hábil que los fenicios en las artes del comercio, más valeroso que los persas; acaso fué ménos atrevido y ménos gigantesco que los indios y los egipcios en los edificios, si bien más variado y más gracioso; ménos original en la ciencia, si bien más práctico que sus anteriores. La marcha de la humanidad entre los pueblos del Asia interior y del Africa no se nos presenta más que por

intervalos como los recuerdos de un sueño que cruza nuestra mente cuando en sus ilusiones conoce estar más desprendida de la materia, ó como la relacion que hiciera un hombre de la antigüedad despertándose de su sepulcro al cabo de dos mil años con sus ideas y con el lenguaje de aquel tiempo. Pero desde este instante vamos á abandonar lo indefinido para encontrar la historia verdadera bajo el velo seductor con que la reviste un pueblo doctado más que otro alguno del sentimiento de lo bello.

Poner en comunicacion recíproca á las tribus esparcidas en diversos puntos, debió ser el primer pensamiento de los hombres de estado de Grecia; para esto sirvieron la religion, las alianzas, el comercio, las guerras y los gobiernos. La religion, de cuya esencia hablaremos pronto extensamente, no pudo continuar siendo privilegio de una casta, áun cuando los sacerdotes que la introdujeron hicieron toda clase de esfuerzos á fin de explotar el misterio en provecho de su dominacion; introdujo en ella el pueblo tantas ideas é instituciones nacionales que vino á ser patrimonio de todos. Su oficio fué limitado á propagar las ideas de la honradez y de la justicia, á consagrarlo en las empresas prudentes con la sancion del cielo, y cuando se convocaba á las diversas poblaciones para celebrar las fiestas generales, equivalia á dar un gran impulso al comercio y á excitarlas á fraternizar mutuamente. Acercándose y reuniéndose de este modo para la plegaria y para las diversiones, era muy natural que tratasen de los intereses comunes, que germinase en su corazon el sentimiento de un derecho público, que se debatiesen cuestiones, y que se formasen alianzas. No estando ya sepultada la religion dentro del santuario, habló por boca de los poetas, que no pertenecian al sacerdocio, si bien se les llamaba hijos de los dioses; se les atribuía haber subido al cielo ó bajado á los infiernos porque inspiraban á toscos salvajes la piedad y la clemencia. Se les reputaba como hombres de saber para domesticar los tigres, conmovier las encinas y hacer que las piedras se erigiesen por sí mismas en ciudades; y todo esto porque extinguian los odios sanguinarios é instituian las asociaciones y revelaban á los mejores talentos los secretos más importantes

de la vida maral desde el fondo de sus misterios. Inventó la religion los asilos, oposicion desarmada al impetu brutal del fuerte. Tambien eran los juicios cosa divina, puesto que los que les pronunciaban suplicaban á los dioses que les otorgasen su perdon si habian violado la justicia; así el castigo fué llamado *suplicio*, y el condenado y el maldito *sagrado*. Esta idea se propagó á las demas naciones é hizo mirar la guerra como santa, los desafios como justicias de Dios, y á los vencidos como gentes abandonadas del cielo. Tan cierto es, que el primer paso de la civilizacion es dictado siempre por una razon de origen divino, haciéndose todo por los dioses y para los dioses.

Tienen los vencidos por señores á las razas heróicas, es decir, á los conquistadores, que proveen á su propia conservacion por medio de un senado, poseyendo por regla de justicia la razon de Estado, y cuyas leyes son á la par impenetrables en sus motivos é inviolables en sus formas. Más tarde en oposicion á los grandes, á las familias patricias, surge la plebe, el *Demos*, el Concejo, que acaba por obtener gobiernos *humanos*, y parte en la propiedad de las tierras como en la confeccion de las leyes segun la igualdad civil. Jamás llegó á este punto Grecia; sólo Roma fundó despues de una larga lucha la igualdad de derechos entre hombres libres, hasta que, aboliendo el cristianismo la esclavitud, proclamó á todos los hombres iguales; ley inscrita desde entonces en todos los códigos de los pueblos cultos. Abriguemos la esperanza de que muy en breve en la sociedad áctica ha de ser un hecho.

Debíamos hacer constar esto desde el principio, á fin de que, al hablar de gobierno y de libertad en Grecia, se tenga entendido que sólo se trata de la raza dominadora. El derecho de conquista que hemos hallado entre las naciones más antiguas, se erige tambien en principio en ésta, constituyendo una clase poderosa más ó ménos ilustrada, que manda sobre otra destinada á la servidumbre y á la obediencia. Para la primera son los derechos, las leyes, los juicios, la religion, las armas, los privilegios grandes ó pequeños: para la segunda, bajo el título de paisanos, de siervos, de esclavos, la agricultura, la industria y los ínfimos empleos. Conviene, sin embargo, notar que en Grecia no son